

El faro del silencio

Ibon Martín

Copyright 2014 Ibon Martín

18 de noviembre de 2013, lunes

Bajo el cielo rojizo del crepúsculo, el pesquero avanzaba rumbo a la seguridad del puerto mecido por el suave oleaje. Tras él, una desordenada nube de gaviotas se disputaba los descartes que los tripulantes lanzaban apresuradamente al mar antes de llegar a tierra firme. Más allá, en las proximidades del horizonte, dos grandes cargueros esperaban la pleamar para poder navegar entre los montes Jaizkibel y Ulia, que flanqueaban la estrecha entrada a la rada. El espectáculo, en el que no faltaban una multitud de chalupas que se hacían a la mar al caer la tarde en busca de los deseados bancos de chipirones, se repetía cada día y Leire no se lo perdía por nada del mundo.

Era un ritual; su ritual. Cada tarde, desde que vivía en aquel remoto faro de la costa cantábrica, perdía la mirada en la lámina de agua que se extendía entre la costa y el horizonte y disfrutaba del regreso de los pescadores ante la inminente llegada de la oscuridad. Unas veces lo hacía desde la ventana más alta de la casa del farero; otras, como aquel día, elegía un banco asomado al acantilado en el que la propia torre de luz se sumaba a la perspectiva. Le fascinaba ver los rítmicos guiños luminosos ganando intensidad a medida que el cielo iba apagándose.

Aquella tarde era de las buenas. Había llovido durante horas y hacía apenas unos minutos que el sol había ganado la partida a las nubes. A los hermosos tonos del cielo, se sumaban así unas notas salitrosas, arrastradas hasta la costa por una ligera brisa. Se mezclaban con el intenso olor a humedad que emanaba de la vegetación, empapada aún por las recientes lluvias.

Sin apartar la mirada del pesquero, cada vez más próximo a las balizas que marcaban la bocana del puerto, se dejó llevar por aquel olor a hierba mojada. Su frescor la hacía sentir viva, olvidar por un momento sus problemas para fundirse con un paisaje que se le antojaba inmejorable. Sin embargo, había algo aquella tarde que no encajaba; unos matices empalagosos rompían la armonía de los aromas habituales. Buscó instintivamente flores con la mirada, aunque sabía que aquel olor no provenía de flor alguna. Intentó concentrarse de nuevo en el paisaje, pero no lo logró, de modo que se puso en pie y caminó hacia la fuente de aquel aroma.

Apenas necesitó dar una docena de pasos antes de ahuyentar a un grupo de gaviotas, que alzaron contrariadas el vuelo. Leire dirigió la vista hacia el lugar del que acababan de huir y sintió que se le helaba la sangre. Jamás en aquel entorno idílico, con la única compañía del rugido de las olas del Cantábrico, hubiera creído posible tanto horror.

Ante ella, oculto en parte por la maleza, yacía el cuerpo de una mujer con el vientre brutalmente desgarrado. Parecía que un animal salvaje le hubiera arrancado las entrañas a dentelladas.

Presa de un terror creciente, se llevó las manos a la cara y abrió la boca para gritar, pero sus cuerdas vocales no lograron emitir sonido alguno. En la distancia, el pesquero pareció leer sus pensamientos y silbó largamente para anunciar que enfilaba la entrada al puerto. Las gaviotas le respondieron con sus sonoros graznidos, que a Leire se le antojaron horribles carcajadas que se burlaban de la espantosa escena. Bajo aquellas macabras risas y durante largos segundos, minutos tal vez, permaneció paralizada, hipnotizada a su pesar por el abdomen abierto en canal de aquella mujer. Después, buscó su móvil, que se le resbaló de las manos y fue a caer junto al cadáver.

Al agacharse, cayó postrada de rodillas y vomitó ruidosamente.

Le costó recomponerse, pero finalmente logró llamar a la policía.

—Soy Leire Altuna, farera del faro de la Plata. La he encontrado. Está muerta.

18 de noviembre de 2013, lunes

—Es un asesinato. El cabrón que haya sido la ha abierto en canal. —El forense de la Ertzaintza, un joven que rondaba los treinta años, no albergaba dudas.

—Es de una brutalidad increíble. Jamás en mis años de profesión había visto algo semejante. —El que hablaba era el comisario Santos, responsable de la comisaría que la policía autónoma vasca tenía en la cercana Errenteria. Se había acuclillado junto al cuerpo y contemplaba con atención los intestinos desgarrados.

Leire observaba a los dos hombres a escasa distancia. La explanada que se abría al pie del faro, aquel lugar donde todo solía ser armonía, se había convertido en un infernal foco de actividad. Las inquietantes luces de colores de los cuatro coches de policía y los dos vehículos sanitarios desplazados al lugar mitigaban el sereno haz de luz del faro, que iluminaba la noche ajeno al drama que se vivía a sus pies.

Hacía ya dos horas que había encontrado el cadáver y aún se encontraba aturdida. Todo aquello parecía una película que discurriera a cámara lenta y demasiado rápido al mismo

tiempo. No podía ser más que una grotesca pesadilla; no podía ser real.

—¿Y dice que estaba viendo la puesta de sol cuando la encontró? —inquirió el comisario girándose hacia Leire.

—Sí. Todavía no me lo creo... Sentí un olor extraño y vi a las gaviotas echar a volar al acercarme —murmuró con un nudo en la garganta.

El policía se giró de nuevo hacia el cadáver y se fijó en el abdomen destrozado. La desaparición de Amaia Unzueta había sido denunciada por su familia dos días antes del macabro hallazgo. Los medios de comunicación locales no tardaron en hacerse eco de la noticia y, ahora, no tardarían en aparecer, atraídos como moscas a un magnífico pastel de mierda. Aquello no iba a ser fácil de gestionar.

—Gisasola, ¿qué parte del estropicio han hecho las gaviotas y qué parte el asesino? —inquirió Santos malhumorado levantando la vista hacia el forense.

El joven le hizo un gesto para que esperara. Todavía no lo sabía.

—¿Qué pintan ahí esas ambulancias? ¿No ven que está muerta? —exclamó el comisario haciendo aspavientos—. Que alguien les diga que se vayan.

—Comisario —lo llamó uno de los agentes que impedían acercarse a los curiosos que se iban agolpando tras el cordón policial—. Una señora quiere hablar con usted. Dice que sabe quién ha hecho esta barbaridad.

—Ya empezamos —masculló Santos.

Leire observó intrigada como el comisario se acercaba a los vecinos que habían llegado a pie tras el cierre por la policía de la carretera del faro. El agente que había acudido en su busca le señaló a una mujer. Iluminado por las oscilantes luces azules de los coches patrulla, la farera reconoció el rostro de Felisa, una gallega que regentaba la pescadería del mercado de San Pedro. El jefe de policía hizo un gesto a la mujer para que sobrepasara las cintas de plástico dispuestas a modo de barrera.

Para sorpresa de Leire, en un momento de la conversación, la pescadera señaló hacia ella con el mentón, a lo que siguieron varias miradas escrutadoras del comisario.

—Hay algo raro —explicó el forense cuando Santos regresó a su lado.

—Usted no se vaya. Me temo que ha olvidado explicarme algo —espetó el comisario señalando a Leire antes de agacharse junto a su compañero—. Tú dirás. ¿Qué es lo que te extraña?

El agente manipuló con unas pinzas la piel del abdomen, que había sido abierto a cuchillo como si de un libro se tratara.

—No hay grasa. En esta parte del cuerpo, una persona normal, aunque no sufra sobrepeso, cuenta con una capa de al menos un centímetro de espesor bajo la dermis. En este cuerpo ha desaparecido.

—Habrán sido las gaviotas —sostuvo el comisario.

El forense negó con la cabeza al tiempo que apuntaba con las pinzas hacia los intestinos de la víctima.

—Es lo primero que he pensado, pero las aves arrancan la carne a picotazos irregulares, como se puede ver en las

vísceras. En cambio —explicó pasando un dedo enguantado sobre el interior de la capa de piel—, la grasa parece haber sido retirada con un objeto cortante: un bisturí o un cuchillo bien afilado.

Antonio Santos sacudió incrédulo la cabeza.

—¿El asesino se ha llevado la grasa?

—O bien él, o bien alguien que actuara cuando la víctima estaba ya muerta.

Leire escuchaba aterrorizada a los dos hombres. ¿Quién podía estar tan enfermo como para querer matar a Amaia Unzueta y llevarse su grasa? Sintió ganas de vomitar y dio un paso atrás antes de girarse para hacerlo.

El comisario se puso en pie con un largo suspiro y recorrió los cuatro pasos que lo separaban de la farera.

—No es agradable para nadie —murmuró al tiempo que le ofrecía un pañuelo de papel para que se limpiara—. Dígame qué relación mantenía con la víctima.

Leire dirigió la mirada hacia los vecinos que seguían congregándose, cada vez en mayor número, tras el cordón policial. Las lágrimas que habían brotado con el esfuerzo le impidieron al principio ver con claridad, pero pronto comprobó que Felisa, que explicaba algo a varios recién llegados, asentía orgullosa al ver que Antonio Santos había tomado en serio sus palabras.

—¿Con Amaia? —preguntó frunciendo el ceño—. Ninguna. Es la nueva pareja de mi ex marido, del que me separé hace seis meses —explicó acongojada—. Nunca he

tenido trato con ella. La saludo si la veo por la calle, pero poco más.

El comisario la miró de soslayo.

—¿Nada más? —inquirió.

—Nada. Eso es todo.

—Algunos vecinos no dicen lo mismo —insistió señalando hacia la barrera policial. Al hacerlo, los destellos azules que emitían los coches patrulla tiñeron su mano de tonos metálicos—. Parece ser que el pasado jueves tuvo con ella un encontronazo en el mercado.

Leire tragó saliva con dificultad. Había imaginado que la conversación iría por esos derroteros, pero que la pescadera intentara incriminarla por aquello le parecía una broma de mal gusto.

—Desde que sale con Xabier está obsesionada...

—¿Querrá decir estaba? —la interrumpió Santos señalando el cadáver.

—Sí, perdón —balbuceó la farera—. Estaba obsesionada conmigo. Cada vez que me veía, se dedicaba a amenazarme. Que no me acercara a Xabier, que dejara de intentar recuperarlo... —Un profundo suspiro interrumpió sus explicaciones—. ¿Como si yo tuviera alguna intención de volver con él!

Antonio Santos la observó en silencio durante unos segundos. Después abrió una libreta y garabateó unas palabras. No parecía muy convencido.

—¿Y él? —preguntó sin dejar de tomar notas—. ¿Dónde está su ex marido?

—En el Índico, pescando atunes frente a las costas de Somalia. Hace un mes que se fue para allá —explicó la farera.

El comisario alzó las cejas.

—¿Como el *Alakrana*? —Al oír el nombre del pesquero vasco secuestrado por los piratas, Leire no pudo reprimir un escalofrío. Cuando aquello ocurrió, Xabier, que por aquel entonces todavía estaba con ella, también se encontraba en el Índico. Su nave no fue asaltada, pero el miedo estuvo presente durante los tres meses que duró la pesquería—. Aún no me ha explicado qué ocurrió el jueves —dijo Santos volviendo a centrarse en el tema.

—¿El jueves? —Leire dirigió de nuevo la mirada hacia los vecinos y sintió ganas de llorar al ver las miradas de todos fijas en ella—. El jueves fui al mercado, como cada día. aguardaba mi turno en la verdulería cuando Amaia Unzueta se acercó a mí y me agarró por el pelo mientras gritaba como una loca. Me dio semejante tirón que me caí al suelo. Aún no sé cómo no me lo arrancó de cuajo —explicó llevándose instintivamente las manos a la cabeza.

—¿Gritaba? ¿Qué es lo que decía? —inquirió el comisario frunciendo el ceño.

Leire se encogió de hombros.

—Lo de siempre. Me acusaba de entrometerme en la vida de Xabier, de hablar con él en secreto... ¡Vaya locura! —musitó sacudiendo la cabeza en un gesto de incredulidad—. ¡Si hace meses que no veo a mi ex marido!

—Pues para no verlo parece que sabe mucho de él —apuntó el policía—. ¿Cómo sabe que está en el Índico?

Leire le devolvió una mirada furiosa.

—Esto es un pueblo. Todo se sabe.

—Tengo entendido que usted la agredió —añadió Santos señalando con un gesto de la mano hacia el lugar que ocupaba Felisa. La pescadera observaba el interrogatorio entre el resto de los vecinos.

Leire clavó la vista en el cadáver. Un agente de la Policía Científica tomaba fotos desde diferentes ángulos mientras el forense embolsaba cuidadosamente algunos fragmentos de intestinos que las gaviotas habían desprendido del cuerpo. Se sentía mareada. Aún no entendía cómo había ocurrido aquello y, menos aún, cómo la estaban convirtiendo en sospechosa de un crimen tan atroz.

—Mientras me retenía en el suelo —comenzó a explicar al tiempo que una lágrima se deslizaba por su mejilla—, me escupió en la cara y amenazó con matarme si no abandonaba el pueblo para siempre. —Un sollozo interrumpió por unos segundos sus palabras—. No conseguía quitármela de encima y no me quedó otro remedio que darle patadas y manotazos. Solo entonces logré que me soltara.

Antonio Santos le dedicó una mirada socarrona.

—Pues parece que ahora podrá usted seguir viviendo en Pasaia sin miedo a que cumpla su amenaza —comentó en tono sarcástico.

Una enorme sensación de vértigo atenazó la mente de Leire, que se apoyó en la verja que protegía la entrada al recinto del faro para mantener el equilibrio.

—¿Que insinúa, comisario? —logró mascullar a duras penas.

El policía le lanzó una sonrisa malévola mientras se guardaba la libreta en el bolsillo de la camisa.

—No insinúo nada —hizo una pausa antes de girarse para alejarse de ella—, pero usted no se vaya muy lejos. Me temo que no tardaré en tener que interrogarla más a fondo.

Antes de que Leire tuviera tiempo de responder, el comisario se acercó al cordón de seguridad. Unos potentes focos delataban la presencia de cámaras de televisión. La noticia del asesinato había llegado a los medios de comunicación.

Desolada, la farera deslizó la espalda contra la verja de entrada al faro hasta sentarse en el suelo. Ante ella se abría un espectáculo dantesco. En primer plano, el forense y otros dos policías embolsaban el cuerpo sin vida de Amaia Unzueta; a su alrededor, varios agentes deambulaban con linternas en la mano en busca de pruebas; más allá, donde la pequeña explanada asfaltada se fundía con la estrecha carretera que unía el faro con San Pedro, varios coches patrulla unidos entre sí con cintas de plástico formaban un cordón policial tras el que se agolpaban decenas de curiosos. Por si fuera poco, a todo aquel revuelo ahora había que sumar la tele, a cuyas preguntas respondía, aparentemente encantado, el comisario Santos.

—¿Qué ha sido de la tranquilidad de mi faro? —se preguntó Leire cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Decía algo? —le preguntó un ertzaina dando un paso hacia ella.

La farera negó con la cabeza. Ojalá aquello terminara pronto.

Intentó calmarse concentrándose en la familiar luz del faro. A diferencia de otros, que giraban para lanzar destellos intermitentes a los navegantes nocturnos, el suyo emitía una luz constante, con ocultaciones cada cuatro segundos. Su rítmica cadencia obraba sobre ella un balsámico efecto que le servía de inspiración. Aquella noche de noviembre, en cambio, tenía suficiente con intentar calmarse; lo último en lo que pensaba era en ponerse a escribir.

Los focos de un coche profanaron en la distancia la oscuridad de la carretera que subía al faro. Leire los siguió indiferente, contemplando como desaparecían entre los árboles para aparecer poco después, cuando el bosque cedía el testigo a las campas que ella sabía cubiertas de helechos. Más periodistas, se dijo al comprobar que no llevaba las características luces azules de las patrullas policiales. Los curiosos no podían subir hasta el faro en coche, pues la Guardia Municipal cortaba el acceso a la carretera desde la llegada de los primeros agentes de la Ertzaintza hacía ya más de una hora.

El vehículo, una unidad móvil de *Euskal Telebista*, coronada por una enorme antena para la emisión en directo, no tardó en alcanzar los alrededores del faro.

En el mismo momento en que comenzaba a desplegar la parabólica, la hermana de la víctima se bajó de un coche patrulla. Antes de que pasara la barrera policial para acudir a identificar el cadáver, Felisa Castelao se acercó a ella y la sujetó por el brazo mientras le explicaba algo al oído. Leire

sintió ganas de llorar de rabia al ver que ambas la miraban. Aquella pescadera parecía dispuesta a volver a todo el pueblo en su contra.

—Sí, es ella —musitó la hermana en cuanto el forense destapó el rostro de la asesinada. Por unos momentos pareció que iba a mantener la serenidad, pero no tardó en caer postrada de rodillas junto al cadáver. Su llanto, que parecía el inquietante canto de una sirena, hizo girarse todas las cámaras hacia ella—. ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? —inquirió con voz desgarrada clavando en Leire una mirada velada por las lágrimas.

—¡Atrás! ¡Atrás! —un agente apartó a empujones al reportero que intentaba acercarse traspasando la cinta de plástico.

—Usted retírese. Entre en el faro —ordenó el comisario girándose hacia Leire—. Y no abandone el pueblo en unos días sin dar aviso en comisaría.

La farera obedeció mientras deseaba que el suelo se abriera bajo sus pies para permitirle abandonar cuanto antes aquella escena.

Nunca antes había sentido un alivio mayor al cerrar la puerta tras de sí. Protegida por las recias paredes de aquel edificio centenario, se dejó caer a oscuras en el suelo del vestíbulo. Se sentía agotada. Los sonidos del exterior, voces y motores de coches patrulla, llegaban apagados hasta ella, de modo que no tardó en caer en las garras de un sueño intranquilo.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando se despertó. Seguía siendo noche cerrada.

«Tal vez no ha sido más que una pesadilla —intentó animarse poniéndose en pie.»

Se encaminó a tuestas hasta la cocina, donde había una ventana que miraba hacia la explanada. La intermitente luz del faro hacía cobrar vida a las cintas de plástico de la policía que la brisa mecía a su capricho. No había allí nada más que recordara el bullicio que se había adueñado de aquel lugar hacía tan solo unas horas.

Estaba a punto de retirarse cuando percibió entre los árboles dos leves luces azules. No tardó en comprender que se trataba de un coche patrulla de la Ertzaintza. Durante unos instantes, mantuvo la vista fija en él. Después, exhaló un profundo suspiro y se perdió por las escaleras que llevaban a su habitación.

19 de noviembre de 2013, martes

La potente bocina de un carguero la despertó. Sin necesidad de levantarse de la cama, supo que se trataba de uno de los muchos barcos repletos de chatarra que arribaban a Pasaia desde diferentes lugares del mundo. Desde el agotamiento de las vetas de hierro que surcaban años atrás gran parte del subsuelo de la zona, las empresas siderúrgicas guipuzcoanas y navarras se alimentaban con metales de desecho que llegaban en aquellas naves en busca de una segunda vida.

La claridad del exterior bañaba el dormitorio, que, con sus paredes y mobiliario blancos, aumentaba la luminosidad hasta hacer doloroso abrir los ojos tras tantas horas atropelladas de sueño. De un manotazo, Leire tomó el reloj, también blanco, que había sobre la mesilla de noche y observó la hora.

La una de la tarde.

Lanzó un asqueado bufido y se incorporó.

—Mierda —murmuró al recordar lo ocurrido.

No recordaba haberse levantado nunca tan tarde. Seguramente lo habría hecho en sus tiempos de estudiante, pero eso quedaba muy lejos. Ahora tenía treinta y cinco años y hacía

demasiado tiempo que había olvidado la vida despreocupada de universitaria en Deusto.

Se echó una sudadera por encima de los hombros y se acercó a la cocina, donde abrió la nevera para servirse un vaso de zumo de naranja. Era lo primero que hacía cada día al levantarse, normalmente muchas horas antes; a las siete o siete y media de la mañana. Le costó unos segundos decidirse, pero finalmente apartó ligeramente las cortinas de la ventana y se asomó al exterior.

Contemplaba hipnotizada el movimiento serpenteante de las cintas policiales, cuando su móvil comenzó a sonar insistentemente.

Antes de descolgar, vio en la pantalla el nombre de su editor. Más problemas.

—¿Qué tal, Jaume? —saludó con un tono tan amigable que a ella misma le sonó forzado.

—Hola Leire. Habías prometido que para hoy tendría los primeros capítulos de la tercera entrega —replicó una voz masculina sin rastro de amabilidad.

—Tienes razón; claro que la tienes, pero no te imaginas lo que ha ocurrido esta noche —comenzó a explicar ella.

—Y tú no imaginas el desastre que se avecina si no publicamos el tercer libro a tiempo —la interrumpió el editor.

Leire sabía que era cierto. En mala hora se había animado a escribir una trilogía. Tras el éxito de su novela *El nido de la golondrina*, que resultó la obra romántica más aclamada en la feria de Madrid y que había sido traducida a doce idiomas, Jaume Escudella le propuso embarcarse en una aventura más

ambiciosa. Las dos primeras entregas de *La flor del deseo*, habían vendido decenas de miles de ejemplares y eran muchos los lectores que esperaban ansiosos el lanzamiento del tercer libro, anunciado para la próxima primavera. Solo contaba con cuatro o cinco meses para escribirlo y apenas había ideado un primer boceto en el que basar la historia.

—Ayer apareció una mujer muerta en la puerta de mi faro —musitó en busca de una justificación.

—Vaya, lo siento, pero si no escribes, los próximos seremos nosotros. Me llegan cada día cartas de lectoras que me ruegan que les adelante el desenlace de la tercera novela. ¡Imagínate! Quieren saber si la doctora Andersen encuentra por fin a su amado tras tantas desgracias.

—No lo entiendes, Jaume. Se trataba de la novia de mi ex marido. Hay gente en el pueblo que cree que he sido yo —la voz de Leire perdió el tono amable.

—¿Tú? ¡No me jodas! A nadie en su sano juicio se le ocurriría una chorrada semejante.

—Pues se les ha ocurrido —se lamentó la escritora ahogando un suspiro—. No he nacido en este pueblo, soy escritora, vivo en un faro y me he separado del tío que tenía enamoradas a todas las tías de Pasaia... ¿Qué más necesitan para que sea yo la asesina?

—No les hagas caso. Se les pasará en cuanto la policía encuentre al culpable.

—¿La Ertzaintza? —inquirió Leire con sarcasmo—. También ellos parecen haberse apuntado a esa hipótesis. Si

miro por la ventana, veo una patrulla. Seguro que espía mis movimientos. ¿Qué te parece?

El editor se mantuvo en silencio unos instantes mientras digería la noticia.

—¡Mierda! Solo me faltaba esto. Necesito que avances con el libro. No sé cómo se me ocurrió publicar los anteriores sin tener aún en marcha el tercero. Si no lo presentamos a tiempo, se acabó. ¿Me entiendes? La gente se sentirá estafada y todo se irá al garete.

La escritora asintió con la cabeza. No sabía qué decir. Jaume tenía razón, pero desde que se separó de Xabier no había podido escribir una sola página. ¿Cómo iba a ser capaz de escribir literatura romántica ella, que tenía su vida sentimental destrozada?

—¿Estás ahí, Leire? ¿Me oyes?

—Sí. Claro que estoy aquí, Jaume. Te prometo que lo intentaré. Dame un par de días —murmuró la farera antes de pulsar la tecla de colgar.

Sin detenerse a pensarlo, se puso unos pantalones vaqueros y una cazadora cortavientos. Cada día, desde que había conseguido que la Autoridad Portuaria de Pasaia le permitiera ocupar la vivienda del farero tras la jubilación del viejo Marcos, bajaba en su Vespa hasta San Pedro. Allí, en el mercado y las tiendas cercanas, compraba pan, leche y algo de comida antes de regresar al faro para intentar escribir unas líneas.

Antes de salir, se miró en el espejo engarzado con falsas piedras preciosas que presidía el vestíbulo. Igual que el resto de

la decoración, era herencia de los anteriores habitantes del edificio.

Tenía ojeras y sus ojos color avellana, habitualmente alegres, se veían apagados por las preocupaciones. Aun así, se mordió el labio inferior y se vio atractiva. Sabía que no era la chica más guapa de Pasaia; nunca lo había sido, pero siempre había tenido éxito. No era ni alta, ni baja, ni gorda ni flaca. Lo único que destacaba en su figura eran unos hombros que más de uno podría considerar excesivamente masculinos; pero eso eran cosas del remo.

Por un momento, estuvo tentada de volver al lavabo para peinarse, pero finalmente recogió su ondulada melena castaña en una sencilla cola de caballo, dejando que un par de mechones se soltaran espontáneamente sobre su rostro. Era demasiado tarde para andarse con remilgos.

Sin embargo, cuando abría la puerta para salir al exterior, se fijó en el reloj. Era hora de comer. No encontraría abierta tienda alguna y las paradas del mercado estarían recogidas. Con un sentimiento de culpabilidad por haber dormido hasta tan tarde, se quitó la cazadora y la colgó del perchero.

—Tú ganas —apuntó en voz alta mientras pensaba en su editor.

Mientras lo decía, echó a andar por las escaleras que llevaban al piso superior, que ocupaba su despacho, una luminosa estancia con ventanas abiertas al acantilado.

Una y otra vez, pulsaba la tecla de borrado. Los renglones que lograba escribir le parecían carentes de sentido. La doctora Andersen, el personaje que con tanta ilusión había creado dos años atrás y que había hecho enamorarse a tantas personas, aparecía vacío, no lograba transmitir ningún tipo de emoción en sus nuevos escritos.

—Tengo que hacerlo —se dijo en voz alta dando una palmada a la mesa de madera sin barnizar sobre la que trabajaba.

Pero algo en su interior le decía que no lo lograría. El secreto del éxito de sus novelas había sido que ella misma estaba enamorada cuando las escribía, de modo que la pasión que emanaba de sus personajes no era otra que la suya propia. Ahora, sin embargo, tras descubrir las repetidas infidelidades de Xabier, que abocaron al final de su matrimonio, se sentía como una fracasada sentimental, y no creía que a sus lectores les gustara que convirtiera a la doctora en alguien así.

El frío sol de finales de otoño comenzaba a precipitarse hacia las aguas del Cantábrico cuando se levantó del escritorio. En la pantalla, una hoja en blanco, y en sus mejillas, lágrimas de impotencia. Asomada a la ventana, se reconcilió con el mundo gracias al vivificante aire del mar y a la visión del acantilado que se abría al pie del edificio. Parecía increíble que aquella enorme pared rectilínea, como el muro de un descomunal frontón de pelota vasca, fuera producto de la naturaleza. El mar batía con fuerza contra su base, situada ciento cincuenta metros por debajo del faro, como si pretendiera destruir tanta belleza con su furia. Tan imponente

era aquella gigantesca laja pétreo, que contaban los pescadores que, al mojarse los días de lluvia, brillaba con los escasos rayos de sol como si se tratara de una magnífica lámina de plata.

—El faro de la Plata —susurró Leire recordando el origen de un nombre que le resultaba mágico.

Como si respondiera a su llamada, la linterna que coronaba la torre de luz se iluminó. Venía haciéndolo así desde mediados del siglo XIX, cuando fue levantado el edificio con sus imponentes formas de castillo medieval.

La escritora sabía de sobra lo que eso significaba: la noche llamaba a la puerta. Sin moverse de la ventana, contempló el sol mientras se hundía en una bruma que robaba las vistas de su ocaso, allá en las proximidades del cabo de Matxitxako.

Los guiños del faro, uno cada cuatro segundos, se convirtieron en los únicos protagonistas del momento. De todas las ventanas de la casa, aquella del despacho era su preferida. A diferencia de lo que parecía desde el exterior del edificio, la linterna no se encontraba sobre la construcción principal, sino sobre una plataforma adyacente, encaramada a lo más alto del acantilado. Y aquella ventana era la única que permitía divisar el faro y el Cantábrico al mismo tiempo.

Varias txipironeras, pequeñas chalupas a motor que los vecinos de la zona utilizaban para pescar sin alejarse de la costa, se asomaron por la bocana y salieron a mar abierto.

«Empieza el baile —se dijo Leire observando aquellas pequeñas embarcaciones mecidas por las olas. Pocas estampas le resultaban tan relajantes como aquella.»

Al abrir la ventana para apoyarse en el alféizar, le llegó desde el oeste el desordenado griterío de las gaviotas. No necesitó girar la vista hacia el sonido para saber que los barcos pesqueros regresaban a puerto tras pasar el día en el mar.

Suspiró desanimada. Hacía exactamente veinticuatro horas observaba esa misma escena cuando todo comenzó a desmoronarse. Porque, apenas un día antes, era una escritora separada en busca de inspiración y, ahora, era sospechosa de un horrible crimen que había profanado su faro para convertir el mejor lugar de su mundo en el escenario de una grotesca pesadilla.

—¿Cómo coño quiere que escriba así? ¡Maldita sea! — rugió desanimada girándose y apartando de un manotazo los pocos apuntes que cubrían su escritorio.

19 de noviembre de 2013, martes

Sentía que todas las miradas estaban fijas en él y eso, lejos de aplacarlo, lo hacía sentir más furioso. Sus pasos, rápidos y poco firmes, translucían la impotencia que le corría por las venas. De hecho, él era el primero que habría detenido a la farera de buena gana, pero no había en realidad ninguna prueba que la incriminara.

«Antes o después la pillaré en un renuncio —se dijo Antonio Santos sin dejar de pasearse pensativo por la comisaría.»

Llevaba más de una hora así. Si se sentara, su cerebro se relajaría, de modo que caminaba arriba y abajo, despertando la curiosidad y las burlas silenciosas del resto de agentes, pero él era el jefe allí, y nadie iba a decirle cómo debía comportarse y cómo no.

—Gisasola, ¿estás seguro de que la víctima no fue asesinada en el lugar donde fue hallado el cuerpo? —inquirió una vez más deteniéndose frente al ordenador donde el forense redactaba el informe.

—Imposible —explicó el agente sin dejar de teclear—. La sección del abdomen fue realizada en el mismo momento de

la muerte, por lo que tendríamos que haber encontrado sangre en el escenario. Que yo recuerde, y aquí tengo las fotos —dijo señalando al ordenador— el lugar estaba limpio. Amaia Unzueta fue asesinada en otro sitio y después trasladada junto al faro.

Santos resopló. Aún había importantes cabos por atar en aquel caso y aquel no era el menos desconcertante.

—¿Por qué iba la farera a llevar el cadáver hasta los alrededores de su faro? ¿No habría sido más lógico que se deshiciera de él lo más lejos posible de su casa? —preguntó en voz alta para que todos pudieran oírlo.

Los seis agentes, incluyendo el forense, que había en la oficina, alzaron la vista de sus pantallas. Sabían que, en momentos así, al comisario Santos le gustaba oír las opiniones de todos ellos para reforzar la suya propia.

—Creo que la mató en el interior del faro; en su casa, por decirlo de algún modo —apuntó Ibarra desde uno de los ordenadores del fondo. Había doce Hewlett Packard en la sala, repartidos en cuatro largas mesas con tres puestos de trabajo cada una. Sin embargo, la mitad estaban libres en aquel momento, pues el resto de agentes del turno estaban de patrulla—. Probablemente, quiso arrojar el cadáver por el acantilado pero no tuvo suficiente fuerza para llevarlo hasta allí. Por ello, la dejó en un rincón, más cerca del edificio de lo que ella hubiera deseado. No olvidemos que no tiene coche.

—Recordad que fue ella quien dio el aviso. ¿No os parece raro que mate a su supuesta enemiga, intente deshacerse del cadáver sin éxito y llame a la policía para informar de que

tiene a una muerta en la mismísima puerta de su casa? Si hubiera querido, podría haber dedicado más tiempo a esconder el cuerpo. O, al menos, a alejarlo del faro —discrepó García—. No, no creo que sea ella la asesina.

El comisario Santos se llevó una mano a la barbilla y ladeó lentamente la cabeza en un gesto estudiado que repetía a menudo para indicar que estaba pensando.

—De momento me gusta más la idea de que haya sido la farera. Su disputa con la víctima es la única pista de la que podemos tirar por ahora —apuntó decidido a no dar la razón a aquel advenedizo.

Gisasola carraspeó para llamar su atención.

—¿Y por qué extrajo el tejido adiposo? —inquirió.

Ibarra se lo pensó antes de responder.

—¿Un recuerdo, quizás? ¿Un trofeo a su victoria? —dijo con una mueca de repugnancia.

—¡Vaya trofeo más macabro! —musitó el forense—. ¿De verdad veis a la farera llevándose sebo de la nueva pareja de su ex marido como recuerdo?

—A mí tampoco me cuadra —aseguró la agente Cestero, que acababa de incorporarse a la comisaría de Errenteria tras terminar su formación en la academia de Arkaute—. La tía esa vivirá en un faro solitario, pero la impresión que da no es la de ser una demente. ¡Joder, es una escritora famosa! —Hizo una pausa para comprobar que el comisario asimilaba sus palabras—. No digo que no pueda ser ella la asesina, pero me sorprendería que fuera capaz de destripar tan brutalmente a su víctima. ¿Qué sentido tiene eso?

—¡Ja! Bienvenida a la Ertzaintza. No sé qué te habrán enseñado en Arkaute, pero es aquí donde vas a conocer el mundo real. Como verás, está lleno de psicópatas disfrazados de angelitos —espetó Santos—. Y puede que tu amiga la farera te tenga guardada alguna sorpresa.

—No es mi amiga. Ni siquiera la conozco —protestó Cestero con una mirada desafiante.

—¡Mejor! —El tono de Santos era cortante. Miró de arriba abajo a la joven agente y maldijo a sus superiores por enviarle siempre a las más feas. A él le gustaban rubias y con buena delantera, pero una vez más lo habían vuelto a hacer; Ane Cestero estaba por debajo de la estatura media, tenía las caderas anchas y una barbilla demasiado prominente que contrastaba con una nariz achatada. Para colmo, hablaba demasiado claro, con el atrevido descaro de la juventud y el comisario quería un rebaño dócil que no discutiera sus órdenes. Decididamente, iba a tener que meterla en vereda o acabaría por causarle problemas—. ¿Alguien tiene algo inteligente que decir? —añadió dirigiéndose a los demás.

—Se me ocurre una opción totalmente contrapuesta —anunció el forense.

—Adelante —lo animó Antonio Santos a regañadientes. Gisasola no dependía de su comisaría, sino de la Unidad de Investigación Criminal, que rendía cuentas directamente a la jefatura central de la Ertzaintza, de modo que con él estaba obligado a tener más paciencia que con los demás.

—¿Y si la farera no fuera más que una víctima secundaria del asesino? A ver si me explico... ¿Y si el cadáver hubiera sido

abandonado junto al faro precisamente para intentar incriminarla? —aventuró el forense.

Por el rabillo del ojo, el comisario comprobó que la agente Cestero asentía con un leve movimiento de cabeza. Gisasola también lo vio y le respondió con un amago de sonrisa, que disimuló rápidamente al comprobar que la mirada de Santos estaba fija en él.

«Seguro que estos dos se entienden —se dijo el comisario con un atisbo de frustración.»

No hacía tantos años que era en él en quien se fijaban las mujeres, pero ahora eran otros quienes se llevaban todas las miradas. El forense dedicaba el tiempo libre al surf, de modo que tenía un cuerpo atlético, un rostro bronceado y un flequillo que el agua del mar había vuelto rubio. En realidad, el comisario sospechaba que era la parafina y los decolorantes artificiales quienes lo habían hecho. Tanto daba; su éxito entre las mujeres era indiscutible. El de Santos, en cambio, se diluía como una gota de tinte en el mar.

—Puede ser. No me parece un mal análisis, pero reconoced que, por ahora, solo tenemos a una sospechosa. Y no es poco —explicó apoyando las nalgas en la mesa contraria a la de Gisasola—. Tenemos una muerta, una tía que la odia y el faro donde vive esta última. Resulta que la víctima aparece junto a este un par de días después de que las dos se hayan peleado en público. ¿No es enrevesado pensar que el cadáver ha sido llevado hasta allí por un tercero? —La mirada de Santos recorrió los rostros de todos los presentes, pero se detuvo más tiempo en el forense y la agente recién incorporada.

—La mente de alguien capaz de matar a una mujer y desparramar sus higadillos por ahí, tiene que ser enrevesada de cojones —protestó Cestero.

Antonio Santos hizo un gesto afirmativo.

—No digo que no, pero de momento no tenemos ningún otro hilo del que poder tirar para deshacer la madeja—sentenció barriendo el resto de teorías con un movimiento de la mano.

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. El sonido de las teclas anunció que algunos habían vuelto a sus quehaceres. Al fin y al cabo, todos sabían que la conversación había terminado, pues así eran aquellos encuentros con el comisario. Le gustaba escuchar a todos, pero nunca reconocería que las ideas de los demás eran las acertadas. Solo después de hacerlas suyas, y pasado un tiempo prudencial, las planteaba como una opción válida.

—Háblanos sobre el arma, Gisasola —pidió Santos sin moverse de la mesa en la que se apoyaba.

Las teclas dejaron de nuevo de sonar.

—A pesar de lo que creímos en un primer momento —comenzó el forense dirigiéndose al extremo de la sala donde se encontraba la pantalla del proyector—, Amaia Unzueta no murió por las heridas del abdomen, que fueron realizadas inmediatamente después de la muerte, sino que fue estrangulada.

El proyector mostró un primer plano del cuello de la víctima. Una horrible marca amoratada se dibujaba a modo de gargantilla a su alrededor. Por la noche, con todas las miradas

fijas en el horrible tajo abierto en el abdomen, ninguno de ellos había reparado en ella.

—¿Un cable? —inquirió la agente Cestero.

Gisasola negó con un gesto.

—La piel aparece demasiado desgarrada para haber sido con un cable, tuvo que ser algo mucho más abrasivo —señaló sin apartar la vista de la pantalla—. Me decantaría por una cuerda.

—Estoy de acuerdo. El arma homicida es claramente una cuerda —apuntó solemne el comisario.

—Algo demasiado frecuente en un puerto —se lamentó Cestero llevándose la mano al *piercing* que lucía en la aleta izquierda de la nariz.

—El asesino se situó detrás y rodeó el cuello de la víctima con ella, tirando con fuerza desde la espalda. Como podéis comprobar —explicó Gisasola haciendo desfilas por la pantalla varias fotografías tomadas desde diferentes ángulos—, apenas quedaron marcas de la cuerda en la parte posterior del cuello, mientras que en la parte anterior los hematomas son evidentes.

—La mató por la espalda —musitó Santos mostrando una mueca de desprecio.

—En esta otra imagen podéis ver la tráquea completamente aplastada por la presión. —El proyector enseñaba ahora explícitas fotografías de la autopsia que obligaron a apartar la vista a algunos agentes—. Sin embargo, las cervicales no sufrieron daño alguno.

—Eso nos reafirma en la idea de que el atacante la abordó por la espalda —apuntó pensativo el comisario.

—Qué listo —susurró alguien tras él.

Antonio Santos no necesitó darse la vuelta para saber con certeza que se trataba de García. De buena gana le abriría un expediente a aquel entrometido por faltar al respeto a un superior, pero sabía que no serviría de nada. Es más, si lo hiciera, era más que probable que el asunto acabara volviéndose en su contra y que su cómoda posición corriera peligro.

—¿Y el corte en la tripa? ¿Qué tipo de cuchillo se utilizó? —preguntó la agente Cestero.

Gisasola pasó varias imágenes rápidamente hasta detenerse en una que mostraba la horrible herida del abdomen de la víctima.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Santos apartando contrariado la mirada.

—La hoja penetró un máximo de seis centímetros. Por la saña con la que parece haberse hecho la sección, me atrevería a decir que el asesino clavó el arma hasta la empuñadura, de modo que esas serían las dimensiones del filo —el forense señaló con el dedo el borde de la herida—. Fijaos también en la limpieza del corte. Estamos ante un cuchillo tremendamente afilado.

—De carnicero —interrumpió Ibarra.

—O de pescador. En Pasaia hay más pescadores que carniceros. También ellos utilizan cuchillos —apuntó Gisasola.

—¿Por qué no entramos en ese faro? —quiso saber Ibarra —. No parece difícil encontrar pruebas: un cuchillo, una cuerda rasposa, restos de sangre... Incluso pedazos de grasa, si me apuráis. ¿No decís que el asesino se la llevó? Si no damos con ello, vaya mierda de polis estamos hechos, ¿no?

—Si entras, no encontrarás nada. ¿No ves que esa tía no ha sido? —se burló García.

Antonio Santos le dirigió una mirada fulminante de la que se arrepintió al instante.

—No es tan fácil. No obtendremos una orden judicial con tan pocas pruebas. Lo único que tenemos es una pelea poco antes de que la víctima desapareciera. A ningún juez le parecerá un motivo suficiente como para registrar su casa —explicó el comisario.

—¿Y qué piensas hacer? Te inclinas por la línea de investigación que apunta a la farera pero no intentas entrar en el faro. Vaya incoherencia, ¿no?—preguntó García con un gesto burlón.

El comisario se mordió la lengua al tiempo que se obligaba a respirar lentamente contando hasta cuatro. Lo había aprendido de su mujer, que se pasaba el día viendo vídeos de yoga por internet. Aquel impertinente lo sacaba de sus casillas, pero debía aprender a no caer en sus provocaciones para no poner en peligro su puesto de comisario. Maldecía el día en que se lo habían puesto en su equipo.

—¿Se sabe algo de los de la Científica? —preguntó Santos lanzando una mirada inquisitiva a Gisasola, que comprobó el buzón de correo electrónico.

A falta de otras posibles pruebas, la Unidad de Policía Científica se había centrado en intentar identificar las huellas de los vehículos en la gravilla de la explanada que se abría junto al faro.

—Poca cosa. Las rodadas de nuestras propias patrullas contaminaron la escena —explicó el forense—. Solo han logrado identificar las huellas de una furgoneta: la del hombre de la basura, que sube a vaciar las papeleras varias veces por semana.

—No encontrarán nada —se burló el comisario—. La farera vive allí mismo. No necesita coche alguno para trasladar el cadáver.

—¿Y si no es ella la culpable? ¿No vamos a barajar ninguna otra hipótesis? —insistió Cestero sin dar crédito.

Santos la miró con un gesto de desprecio.

—Muchacha —dijo en tono condescendiente—, acabas de llegar al cuerpo. Yo tengo el culo pelado de tantos años persiguiendo criminales. No hay violencia sexual, hay un ensañamiento como no he conocido nunca en esta comisaría... Todo me lleva a pensar que estamos ante la obra de una mujer. Y te diré algo más: de una movida por los celos y la envidia, como los que sufre alguien a quien su marido ha dejado por otra. —Hizo una pausa a la espera de que la agente dijera algo, pero la réplica no llegó.— ¿Se os ocurre alguna teoría mejor?

El forense exhaló un profundo suspiro y lanzó una última mirada al enorme tajo abierto en la tripa que mostraba la pantalla. Después, pulsó el botón que apagaba el proyector y volvió a su mesa.

—Si alguien más no está de acuerdo con la línea de investigación, solo tiene que decirlo —espetó Antonio Santos dedicando una incómoda mirada a Gisasola.

El sonido de los teclados fue el único que se atrevió a romper el silencio. La reunión había concluido.